

LAPALABRA

YELHOMBRE • REVISTA DE LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA

José Rodrigo Castillo

“Octave Mirbeau: estética de putrefacción en *Le jardin des supplices*”

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Número 70, octubre-diciembre de 2024, pp. 28-32.

ISSN: 01855727
Xalapa, Veracruz, México



La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Lic. Benigno de Nogueira Iriarte Núm. 7, Col. Centro, C.P. 91 000
Xalapa, Veracruz, México
Tel. 8 42 17 00 / ext. 17 820

Octave Mirbeau: estética de putrefacción en *Le jardin des supplices*

José Rodrigo Castillo

Le *jardin des supplices* (1899) es una de las exóticas joyas francesas del espíritu decadente. Más que novela, se trata de un montaje ensamblado por fragmentos aparecidos en la prensa, durante una década, con diversas temáticas orientadas por reflexiones sobre el asesinato, la violencia y la crítica social; más que pieza moderna, constituye una negación de su época, de sus leyes y convenciones, cuyo sentido había hecho posible ese universo nauseabundo de finales del XIX; más que obra literaria, en fin, estamos ante un aullido desesperado en la noche de la nada...

Octave Mirbeau (1848-1917) fue un prolífico escritor y crítico de arte, cercano a la sensibilidad anarquista. Su jardín de los tormentos responde a la necesidad de violar las reglas de la novela canónica, del héroe impelido por una motivación o deseo, del desarrollo de una trama en específico y su respectiva conclusión. Más bien, allí encontramos el desequilibrio textual, una erótica hasta cierto punto caótica en sustitución de una poética tradicional. La primera parte (*Frontispice*) abre con la sobremesa de una aristocracia intelectual,

un diálogo donde se habla sin pudores de la naturaleza del asesinato; la segunda parte (*En mission*) se conforma del testimonio de uno de los asistentes y sus peripecias políticas y personales, la narración de cómo termina por embarcarse en una expedición científica rumbo a Oriente; y la tercera parte (la cual comparte el nombre con el libro) transcurre en el sur de China y puede leerse como la peregrinación del mismo personaje hacia el oscuro corazón humano, guiado por Clara, la inquietante heroína, quien hará las funciones de un Virgilio en los infiernos.

Nos proponemos recorrer algunos pasajes controvertidos y comprender las premisas filosóficas de Mirbeau, para delinear su estética de putrefacción como denuncia de la violencia inherente del Ser.

La sociedad es una olla exprés

La reunión de sabios (moralistas, filósofos, poetas, médicos), en casa de un célebre escritor, arroja pronto la provocación inaugural: el asesinato es la más grande de las preocupaciones humanas

y todos nuestros actos derivan de él (Mirbeau 2003, 40). El homicidio se caracteriza como rizoma, base de las instituciones sociales, y su administración se vuelve una necesidad para la vida civilizada; deviene razón de Estado, porque su hipotética e imposible desaparición traería consigo el sinsentido de la Iglesia, el gobierno y el aparato judicial, quizá el sinsentido de la existencia humana. Una vida y una sociedad sin crímenes desarticularía los fundamentos de los paradigmas conocidos; nos remontaría a precedentes solo concebidos por los delirios de la imaginación teológica.

Paradójicamente, en la idea del Estado como monopolio del crimen está contenida una visión del orden y el arte. La regulación de la violencia parte de un punto disruptivo y caótico; pero la civilidad y las leyes deben normar las fuerzas salvajes e instintivas de la destrucción. El asesinato es un universal y, por consecuencia, resulta imposible contenerlo en su totalidad. La mínima organización social implica su regularización. No se trata de un pacto de paz sino de tregua, pues la guerra marcha incesantemente como la representación más fidedigna de la locura universal y del Ser (ibíd. 47). Fuera del control del crimen, los dispositivos de poder carecen de funcionalidad. Incluso su sentido consiste en estar siempre incompletos, abollados por la transgresión de la ley.

Para entender la propuesta de Mirbeau, tal vez sea conveniente pensar la sociedad como una olla exprés, que contiene una substancia cambiante y densa, en fuego permanente, con un mecanismo para regular la presión, la energía y, con ello, evitar el gran estallido. Esta volatilidad, presente en revueltas y revoluciones, es el impulso de aniqui-



Entrada de mina

lamiento del Mismo y el Otro. La sociedad está condenada a dejarse seducir por el abismo de muerte y caos. Sin embargo, la anarquía absoluta será inviable en el desenvolvimiento de la historia. Asumiendo tal encrucijada y la irremediable presencia del crimen, Mirbeau se inclinó (siguiendo a Thomas de Quincey) por cultivar el asesinato con arte, perseverancia e inteligencia.

Todos somos asesinos por naturaleza

El homicidio, para Mirbeau, no sería originado por pasiones ni patologías ni degeneraciones. Esto es la mera superficie, justificaciones *a posteriori*. Estaríamos frente a un instinto vital, como la reproducción, el cual se camufla, habita y domina la voluntad de los seres. Mirbeau atinó a un hecho poco estudiado: el vínculo ontológico entre violencia y se-

xualidad. La fuerza reproductiva se corresponde con la fuerza criminal; el asesinato nace del amor y con él alcanza su máxima intensidad (ibíd, 52). No solo ambas pulsiones a menudo se combinan, sino se funden totalmente desde el aspecto corporal –con la intensidad física en las prácticas eróticas– hasta el significativo y simbólico –las metáforas de la cotidianidad, el albur en la cultura mexicana, por ejemplo–. El éxtasis místico y sexual implica salir de sí, fuera del yo: su deceso simbólico. Dar la vida y quitarla devienen fenómenos semejantes, idénticos cuando sus extremos se tocan: serpiente devorándose en un movimiento perpetuo de autofagia. El misterio anida en las profundidades de la vida, instante infinito donde esta se une con la muerte.

Según Mirbeau, todos somos, en diferente medida, asesinos (ibíd, 41). Cada integrante en sociedad participa de la su-

blimación del homicidio, en las ejecuciones estatales o las extrajudiciales; se coloca virtualmente en la situación del verdugo; su imaginación se desborda en venganzas ficticias, fabulaciones literarias; los deportes de contacto y los juegos bélicos como entretenimiento apuntan hacia allá, como el gusto por determinadas obras artísticas. Además de los vericuetos mentales, la violencia física se atenúa y se mimetiza con salidas legales e institucionalizadas: la industria y el comercio coloniales, la caza y el antisemitismo... Mirbeau pondrá a discusión los temas más incómodos para la cultura europea, aquellos donde se sospecha de su grado de civilización por los alcances de sus crímenes.

Hay, como parte de la estética decadentista, una exaltación del asesino inteligente cual contraparte del vulgar criminal, diferencia entre el refinamiento del dandi y la alienación del

hombre masa. La conciencia plena del acto criminal, como la del artista en su poética, articula el sentido de artificialidad y el punto culminante de una escala de valores donde el asesinato no es excepcional sino la regla de la naturaleza y de todo ser viviente: fatalidad biológica. Mirbeau relacionó la idea de progreso con el homicidio civilizado, disponible para personas honestas; sin embargo, también lo caracterizó como posible camino a la barbarie primitiva, si se impone la cultura de la masacre y los viles intereses estatales. El caso Dreyfus, criticado por Mirbeau, entra en esta categoría ignominiosa. Una moral nefasta produjo el espectáculo del montaje del famoso juicio. Ahí las personas supuestamente civilizadas ejecutaron la condena: oficiales del ejército, intelectuales, periodistas, abogados y gran parte del mundo de la cultura de élite.

Para Mirbeau, la educación no acalla la voz del asesino interno; más bien, cultiva la violencia en lugar de obliterarla; y la religión la santifica en vez de maldecirla. La necesidad de matar nace con la de comer e incluso se confunden. Es el motor de los organismos vivientes (ibíd, 47). En 1994 estas premisas, aunque con una trama distinta y aparentemente sin influencia directa, se llevaron al cine con *Natural born killers*, filme dirigido por Oliver Stone con base en una historia de Quentin Tarantino. Inspirada en sucesos históricos, una pareja (Mickey y Mallory) deja a su paso una estela de muerte. Se vuelven héroes populares por su carisma, gracias a los medios de comunicación. Después de su encarcelamiento, el presentador de un programa entrevista a Mickey, quien con elocuencia justifica sus acciones y argumenta que

nadie es inocente, pues todas las criaturas asesinan de una u otra forma para subsistir; las especies se alimentan entre sí, como la industria acaba con la naturaleza; y, en la cima de esta vorágine, el asesinato deviene pureza.

Ambas obras, la literaria y la cinematográfica, coinciden en exponer el asesinato cual imperativo para la sobrevivencia; en criticar a la sociedad del espectáculo (prensa y televisión respectivamente) y los medios de producción capitalistas por su *ethos* destructivo; en señalar la imagen del heroísmo y sus valores (amor, fortuna, gloria) mediados por su afectividad en el homicidio; y, por último, en denunciar la violencia como cimiento del Ser. Siempre quedará la sospecha de si, por lo menos de manera indirecta, los realizadores y los guionistas de *Natural born killers* no supieran de *Le jardin des supplices*; aunque no habrá duda, al ver o leer una de estas obras, de que todos los seres humanos somos asesinos por definición.

El colonialismo es un inmenso burdel donde todo está permitido

El asesinato encarna el espíritu de la historia. Mirbeau encontró las evidencias de ello en toda suerte de dioses sanguinarios, alimentados por sacrificios y sangre humana, santificación del horror; también en la formación de la modernidad europea y el colonialismo como injusticia radical: invasión, despojo de tierras, deseo de suprimir al Otro. Su crítica a los conquistadores ingleses y franceses está empalmada con el desprecio decadentista a las prácticas burguesas, el nacionalismo

y la aniquilación masiva en tanto racionalidad prosaica.

Después del primer diálogo se emula la lectura de un escrito autobiográfico, en el cual un anónimo cuenta su pasado y su vieja amistad con un burócrata, quien le propone enlistarse en la policía secreta; o viajar a las islas Fiyi, para estudiar el sistema carcelario y su aplicación en el entorno social; o dirigir una misión científica para investigar la embriología marina (término que Mirbeau utiliza para referirse al estudio de la génesis de entidades marinas) en Ceilán. Tomada esta última opción no sin dudar por su ignorancia completa sobre el tema, halla en la embarcación a Clara, una inglesa pelirroja, rica, joven, con un especial repudio a Europa y su moral estrecha, sus modas ridículas y paisajes gélidos, su hipocresía y falta de libertad...

Navegando, en la sobremesa nocturna, se desata otro inusitado diálogo, entre Clara y un explorador, sobre la antropofagia de los conquistadores. Él confiesa haber comido carne de blancos, no así de negros, pues su opinión al respecto es desfavorable. La discusión se torna extravagante, en una tipología de carne humana comestible. Se acusa de bestias feroces a los negros; no obstante, Clara los defiende, aduciendo su dulzura y alegría infantil. El explorador termina por negar el canibalismo en estos y asumirlo como costumbre caucásica. Además de evidenciar cómo el racismo europeo está inmerso hasta en el gusto culinario, Mirbeau invirtió los papeles entre las figuras canónicas del bárbaro y el civilizado.

El capitán del barco retoma la conversación para hablar de su invento, una poderosa bala con capacidad de traspasar los cuerpos de doce hindúes. Es la

razón colonial y la burguesa en trabajo conjunto para cristalizar la economía de muerte: la bala ahorraría el equipo médico, los hospitales y los heridos, el presupuesto estatal... La administración capitalista de la guerra se justifica en la higiene racial y el gasto de recursos: consiste en masacar la mayor cantidad de gente en el menor tiempo posible (ibíd.,103). La caracterización del sabio inventor radica en la crueldad y el instinto asesino. Tanto sorprende el feminismo de Mirbeau entre la pléyade de escritores misóginos del XIX, como su conciencia del crimen colonial entre la intelectualidad europea y su crítica a los exploradores naturalistas, a menudo más pícaros que científicos.

En 2021, Guy Sorman denunció tardíamente la pedofilia de Michel Foucault en Túnez durante los años sesenta. Era un secreto compartido entre autoridades y parte de la élite intelectual francesa. Si esto es cierto, tales prácticas solo fueron posibles en un contexto de sometimiento histórico. La territorialidad metropolitana suele desplazar sus pulsiones más obscuras hacia la periferia. Los pueblos invadidos por los europeos fungen como burdeles inmensos, donde nada está prohibido, donde incluso los respetados sabios pueden desatar sus bajas pasiones, como lo señaló Mirbeau en *Le jardin des supplices* y como décadas posteriores Céline lo hará en su *Voyage au bout de la nuit*, obras maestras cuya mala conciencia desnuda el grotesco *arké* colonial.

El universo es un inmenso jardín de suplicios

La historia del relato se reanuda dos años después, cuando la voz



Danzante

anónima se reencuentra con Clara. Se dirigen a Cantón, ciudad de traficantes y pescadores, lumpen flotante, cuyo hedor a muerte les da la bienvenida. Clara disfruta de ese olor y el espectáculo de tortura en sus calles. Peregrinan rumbo a la penitenciaría. A la distancia escuchan las campanas, que con su sonido y vibraciones acaban, poco a poco, con los “pacientes”. Entran a la inmensa fortaleza junto con la multitud, para contemplar a los condenados exhibidos en jaulas, maniatados para la tortura. Clara les arroja carne como animales, para verlos retorcerse de dolor.

Hay algo perturbador entre la emoción infantil de Clara por

el recorrido y su entorno de pordumbre. En su encuentro con un poeta enjaulado recita “Las tres amigas”, del propio bardo embrutecido por el suplicio. El poema acaba con la apoteosis de la putrefacción, más misteriosa que la belleza: *La pourriture en qui réside la chaleur éternelle de la vie* (150). ¡He aquí el punto revelador! La descomposición del gran todo genera la vida eterna, como la carne para los gusanos: *caro data vermis*, en latín. El Ser es un cadáver, se podría decir. En consecuencia, muerte y asesinato son actos puros y sagrados, pues sin ellos nada habría. Para Mirbeau, los furiosos deseos de la vida se devoran a sí mismos y brotan como la espuma



Autorretrato URSS (Museo Nacional de Arte / INBAL)

sucia. Esta imagen poética, precisamente, da cuenta de la efervescencia humana.

Tal concepción se refuerza al entrar en el jardín, ombligo de la cárcel, y encontrarse con la maquinaria para crucificar, estrangular, desmembrar... El operador, un nacionalista orgulloso de su arte, describe apologeticamente el “suplicio de la rata”, perla negra salida del imaginario chino y cuya obsesión, en-

tre 1907 y 1908, trató Sigmund Freud en un paciente con neurosis obsesiva, donde placer/tormento, pulsión/represión, pureza del deseo/suciedad corporal se sincretizan en el erotismo anal: gusto escatológico, estética de putrefacción. Clara concluye que el amor y la tortura son la misma entidad; la sangre, vino de Afrodita; asimismo, culpa al catolicismo de inculcar odio al amor y la naturaleza, dis-

torsionar el sentido de la vida. Para ella, los chinos glorifican el sexo sin condenarlo a la infamia, unifican el erotismo con lo divino y la vitalidad.

Hacia el final, Clara sale ensimismada, poseída, del jardín y la penitenciaría. Navega y la reciben en un burdel donde sufre una crisis, una catarsis. Es una experiencia mística con la muerte, intento por hacerse una con la fuerza-fundamento del universo, que no es sino un inmenso jardín de tormentos, con sus flores malignas y monstruosas plantas alimentadas por sangre, carne y, sobre todo, dolor humano. **LPyH**

REFERENCIAS

- Céline, Louis-Ferdinand. 1975. *Voyage au bout de la nuit*. París: Gallimard.
- Freud, Sigmund. 1992. *Obras completas*. Vol. 10. Traducido por José L. Strachey. Buenos Aires: Amorrortu.
- Mirbeau, Octave. 2003. *Le jardin des supplices*. Prefacio de Pierre Michel. Édition du Boucher. Libro digital. <https://www.leboucher.com/pdf/mirbeau/jardin.pdf>.
- Quincey, Thomas de. 1995. *Del asesinato considerado como una de las bellas artes*. Prólogo y traducción de Luis Loayza. Madrid: Alianza Editorial.
- Stone, Oliver, dir. 1994. *Natural born killers*. <https://www.tokyvideo.com/es/video/natural-born-killers-asesinos-natos-1994>.

José Rodrigo Castillo es maestro en Filosofía y licenciado en Lengua y Literatura Hispánicas por la UV. Ganador del Premio de Ensayo Carlos Pereyra (2016); autor de *El modernismo hispanoamericano: presupuestos estéticos y filosóficos* (Ivec, 2019); profesor de Lengua y Comunicación.